Bajo el volcán

Por Malcolm LOWRY

Este cuento, primera versión de lo que más tarde se convertiría en la novela Bajo el volcán, *fue escrito aproximadamente en 1936, en Cuernavaca.*

I

Al ascender la pendiente de la calle Nicaragua rumbo a la parada de autobuses, Hugh e Yvonne se volvieron para contemplar las aves color mermelada que se columpiaban en las parras.

El autobús, que al principio no iba muy lleno, pronto se meció cual barco surcando pesado mar.

Podíase ver, ora al través de una ventanilla, ora al través de otra, la gran montaña: Popocatépetl, en torno a cuya base en enroscaban las nubes como humo que saliese de un tren.

Pasaron frente a los altos puestos hexagonales cubiertos de anuncios del cine Morelos: *Las manos de Orlac*: *con Peter Lorre*. En otra parte, atravesando con estrépito por algún pueblecillo, advirtieron los carteles de la misma película; en ellos se mostraban las manos ensangrentadas de un asesino.

—Como en París —dijo Yvonne a Hugh señalando los quioscos—. Kub, Oxygenée. ¿Recuerdas?

Asintiendo con la cabeza, Hugh masculló alguna frase, pero el bamboleo del camión le hizo tragarse cada sílaba.

—. . . ¿Recuerdas a Peter Lorre en *M*?

Pero tuvieron que darse por vencidos. Las pacientes duelas crujían con máximo estrépito. Pasaron frente a la funeraria: *Inhumaciones*. Erguida la cabeza, un loro les atisbaba posado en su percha ante la puerta de entrada. ¿Quo Vadis? Preguntaba, en lo alto, un letrero.

—Esto es espléndido —dijo el Cónsul.

En el mercado se detuvieron para que subiesen unas indias cargadas de canastas con aves. Sus rostros vigorosos tenían el color de la cerámica de barro. Se acomodaron en el asiento con pesados movimientos. Dos o tres llevaban tras la oreja colillas de cigarro, y otra masticaba una vetusta pipa. Aunque sus rostros de ídolos viejos, llenos de buen humor, se arrugaban con el sol, no sonreían.

Luego, como alguien se rio, las demás caras se hendieron lentamente hasta manifestar el júbilo: el camión fundía a las viejas en una comunidad. Dos de ellas hasta lograron mantener ansiosa conversación a pesar de la barahúnda.

Saludándolas con cortés inclinación de la cabeza, abrigó el Cónsul un deseo de volver también a casa. Pero se preguntaba quién había sugerido hacer este lúgubre viaje a la fiesta en Chapultepec, precisamente cuando el coche estaba descompuesto y no podía conseguirse taxis. El esfuerzo de no beber un solo trago durante el día, aun en provecho de su hija y su novio (que había llegado esa mañana de Acapulco), resultaba mucho mayor de lo que hubiera creído. Acaso no contara tanto el esfuerzo de mantenerse simplemente sobrio, cuanto afrontar el legado de inminente fatalidad que le dejaran las juergas sin precedente de últimas fechas. El Cónsul sonrió con desánimo cuando Yvonne le señaló por quinta vez el Popocatépetl. Chimborazo, Cotopaxi . . . ¡y allí estaba! Ante sus ojos asumía el volcán un aspecto siniestro: como una especie de Moby Dick, parecía invitarlos, a la vez que se mecía de un lado a otro del horizonte, rumbo a un único e irremediable desastre. Entre bamboleos alejóse el autobús del mercado en cuyo edificio principal —que abrigaba los puestos— el reloj indicaba que eran las dos y siete minutos (las campanas, hacía sólo un instante, habían dado las once y el reloj de pulsera del Cónsul indicaba las cuatro menos cuarto) y luego prosiguió dando tumbos a lo largo de una empinada ladera cubierta de adoquines y cruzó un puentecillo tendido por encima de la barranca.

Preguntábase Yvonne si sería ésta la misma que atravesaba el jardín de su padre. El Cónsul asentía. El fondo se extendía mucho más abajo y podía verse, como desde el palo mayor de un barco (aunque el denso follaje y anchas hojas lo ocultaban en parte) la verdadera traición de la caída. Sus escarpadas orillas estaban cubiertas de desperdicios que colgaban hasta del follaje; volviéndose, Yvonne pudo advertir, desde el escarpado sesgo después del puente, un perro muerto que, tirado en el fondo, con resplandecientes huesos blanquecinos husmeaba la basura.

—¿Cómo se siente la cruda del rajá, papá? — preguntó, sonriente, Yvonne.

—"Tendida sobre el caos" —repuso el Cónsul rechinando los dientes—. "Atestada de máscaras apretadas".

—Sólo un pequeño esfuerzo adicional.

—No. ¡Nunca más volveré a beber! Nunca más.

Prosiguió el autobús . . . A medio camino, en la ladera cuesta arriba, allende la barranca, fuera de una cantina ornada con festivo decorado y llamada El Amor de los Amores, tambaleándose con suavidad y comiendo un melón, esperaba un hombre vestido con un traje azul. Cuando se acercaban, creyó el Cónsul reconocer en él al copropietario de la cantina que, sin embargo, no figuraba en su ronda habitual: desde el interior surgía la algarabía del canto de los borrachos.

Al detenerse el autobús, vio el Cónsul con sedienta mirada, tras las puertas de celosías, a un cantinero que, reclinándose por encima del mostrador, hablaba intensamente con unos cuantos policías que bramaban.

El camión vibró solitario por un rato durante el cual el chofer penetró en la cantina, de donde luego volvió a salir casi en seguida para arrojarse de nuevo a su vehículo. Después, echando una mirada socarrona al hombre del traje azul —al que a todas luces conocía— metió la velocidad y alejóse el autobús.

El Cónsul observaba fascinado a aquel personaje que sin duda iba borrachísimo, y le envidió de modo extraño, aunque tal vez lo que en verdad invadiese su ser fuera más bien un impulso de solidaridad. En el momento en que el autobús apareció ante la vista de la cervecería de Quauhnáhuac, el Cónsul, que contemplaba con mirada demasiado sobria las enormes manos temblorosas del otro, enterró las suyas propias en los bolsillos, pero después de haber encontrado la palabra que buscaba para describirlo: pelado.

Los pelados, pensó, eran aquellos que no necesitaban ser ricos para hacer presa de los pobres de veras. También eran aquellos políticos de medio pelo que trabajan como esclavos para obtener un cargo por todo un año, ¡sólo un año!, en cuyo plazo esperan economizar lo suficiente para renunciar al trabajo por el resto de la vida. "Pelado" . . . ¡he aquí sin duda una palabra ambigua! El Cónsul rio entre dientes. Un español podría interpretarlo como si su significado se refiriese al indio, el indio al que despreciaba y al que hartaba de . . . este . . . hum . . . licor "venenoso". En tanto que, para ese indio, el vocablo podría referirse al español, o, empleado con amable desprecio por cualquiera de ellos, simplemente a quienquiera que se pusiese en ridículo.

Pero fuera el que fuese o dejara de ser el significado —pensaba el Cónsul fijando aún la mirada en el hombre del traje azul— era justo considerar que la palabra sólo pudo haberse depurado después de una aventura como la de la Conquista, al sugerir, como lo hacía, por una parte: la idea de explotador y, por otra, la de bandido: ni tampoco resultaba difícil comprender por qué había venido a describir con acierto tanto a invasores cuanto a víctimas. Perennemente intercambiables eran los términos ultrajantes con los que el agresor desacreditaba en público a aquellos que habrían de ser víctimas del pillaje.

Luego, el pelado, que por largo rato había ido ensimismado en intenso soliloquio, hundióse en profundo marasmo. Nadie lo molestaba, porque en este viaje no había cobrador y se pagaban los pasajes al chofer en el momento de bajar. El polvoso traje azul de saco abierto, estrecho a la altura del talle, los pantalones amplios, los zapatos puntiagudos lustrados esa misma mañana, pero sucios con serrín de taberna, indicaban en él una confusión mental que bien comprendía el Cónsul: ¿Quién seré hoy, Jekyll o Hyde? Su camisa púrpura, desabotonada en el cuello, dejaba ver un crucifijo; había sido desgarrada y el faldón se asomaba por encima del pantalón. Y por algún motivo, llevaba dos sombreros: una especie de fieltro barato que se ceñía justamente al ala ancha del segundo.

Pronto pasaron frente al Casino de la Selva, en donde volvieron a detenerse. Potros de brillosa piel caracoleaban en una pendiente. El Cónsul reconoció de espaldas al doctor Vigil, que se movía entre los árboles cercanos a la cancha de tenis; era como si allí estuviese bailando, solo, una grotesca danza.

Luego salieron a campo abierto. Al principio, a ambos lados de la carretera se alzaban ásperos muros de piedra: en seguida, después de cruzar los rieles de vía angosta en donde los tanques de aceite se extendían a lo largo del terraplén junto a los árboles: tupidos setos cubiertos de brillantes flores silvestres y campánulas azul oscuro, la ropa de color verde y blanco pendía de los maizales afuera de las casuchas cubiertas de zacate. La brillante floración azulosa crecía ahora en el interior de los árboles, blanqueados ya por los capullos, pero el Cónsul contempló con horror toda esta belleza.

En un trecho tornóse el camino más uniforme y por ello pudieron hablar Hugh e Yvonne: luego, precisamente cuando Hugh le decía algo sobre los "convólvulos", volvió a empeorar mucho más.

—Es como una campana de Canterbury — trató de decir el Cónsul, sólo que el camión se hundió en un bache en ese preciso instante, y fue como si el salto hubiese aventado su alma hasta hacérsela surgir a flor de boca. Enderezóse en el asiento, y la madera le produjo un agudo dolor en el cuerpo. Sus rodillas entrechocaron. Con el Popocatépetl, que siempre les seguía o precedía, comenzaron a brincotear cuando pasaron por un terreno en verdad muy escabroso. El Cónsul sintió que su cabeza se había convertido en un hervidero de cangrejos. Ahora era la barranca la que lo perseguía, arrastrándose tras ellos con horrenda paciencia (pensó) serpeando siempre ora a un lado, ora al otro del camino. Los cangrejos estaban tras sus ojos a pesar de lo cual se esforzó por envalentonarse.

—¿A dónde se ha marchado el viejo Popeye? —exclamó al contemplar cómo, por la ventanilla de la izquierda, deslizándose, se perdía de vista el volcán, porque aunque lo temiera, sentíase mejor al saberlo presente.

—Esto es como viajar en la luna —trató de susurrar Hugh al oído de Yvonne, pero acabó gritando.

—¡Tal vez cubierto todo de espinaca! —respondía para entonces Yvonne a su padre.

—¡Nos hundimos ahora en Arquímedes! ¡Cuidado!

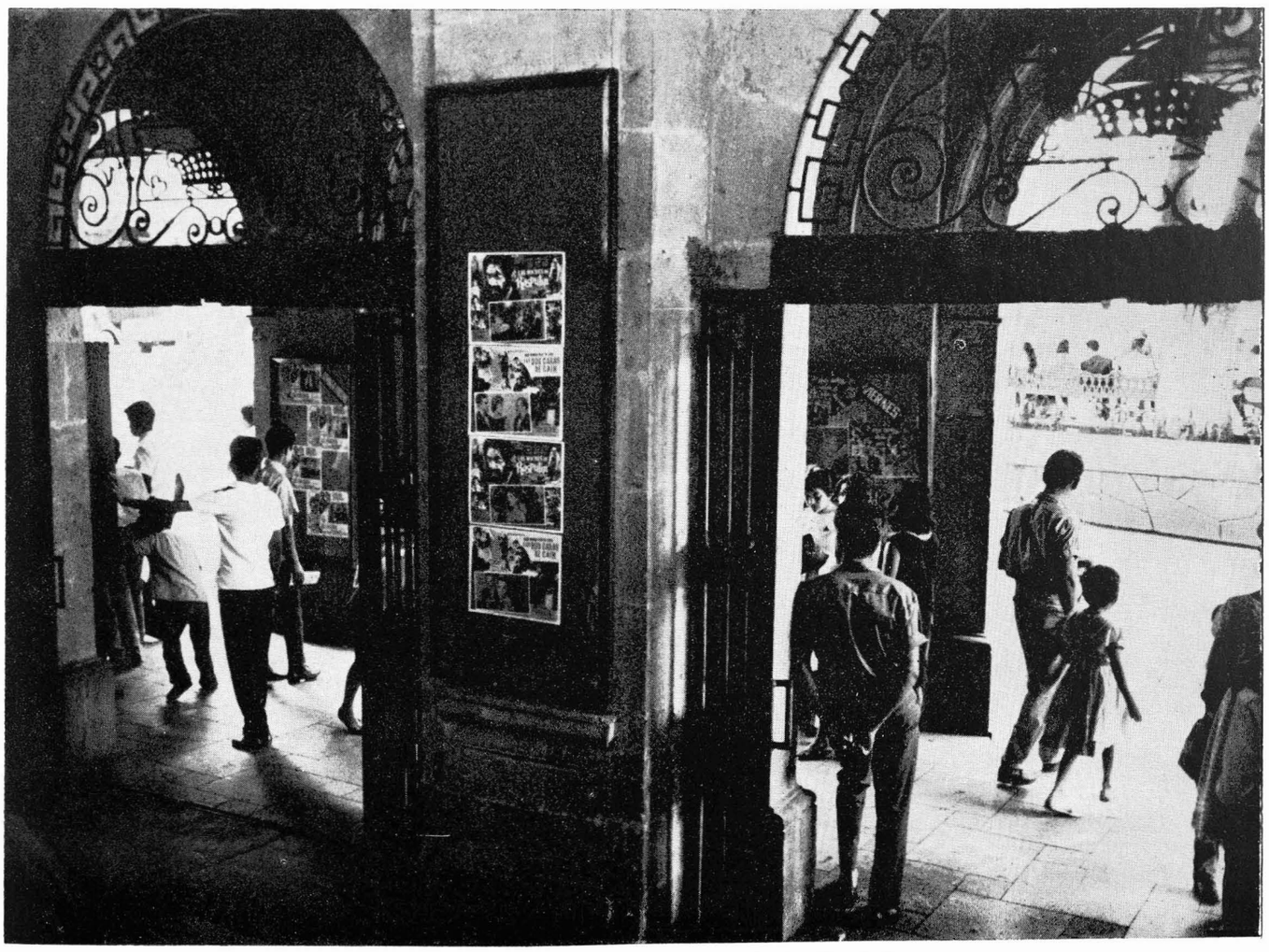
Luego atravesaron por un trecho de llanuras boscosas sin que surgiera el volcán a la vista; sólo veíanse pinos, piedras, piñas de abeto, tierra negra. Pero cuando observaron con mayor detenimiento, descubrieron que las piedras eran de origen volcánico, que la tierra estaba quemada y que por doquier se extendía el testimonio de la presencia y antigüedad del Popocatépetl.

Después, con paso gigantesco volvió a surgir la montaña, ora majestuosa, ora de aspecto entristecido, teñida de un color gris pizarra semejante al de la desesperación, agachada sobre su mujer dormida: "Iztaccíhuatl", que ahora le quedaba permanentemente contigua —lo que acaso fuese una explicación, decidió el Cónsul al sentir que el Popo poseía también una molesta cualidad de aparentar que sabía que la gente espera estar a punto de hacer, o tiene intenciones de hacer algo— ¡como si no le bastara ser la montaña más hermosa del mundo!

Paseando la mirada por el camión que ahora se había llenado un poco más, Hugh hizo acopio de lo que le rodeaba. Vio al borracho, a las ancianas, a los hombres que vestían pantalones blancos y camisas púrpuras, y después a los que llevaban pantalones negros con blancas camisas domingueras —porque era día de fiesta— y a una o dos mujeres enlutadas algo más jóvenes. Trató de interesarse por las aves. Habíanse sometido todas: las gallinas, gallos y guajolotes presos en las canastas, así como las que andaban en libertad. Con uno que otro aleteo para mostrar que seguían en vida, iban acurrucadas bajo los asientos en actitud pasiva, con sus garras enfáticas y puntiagudas atadas con un mecate. Dos pollas, asustadas y temblorosas, yacían entre el freno de mano y el cloch, y sus alas parecían ir enlazadas a las palancas. Al fin de cuentas, todo esto aburría a Hugh. El pensamiento de Yvonne retraía su mente y, penetrando en el camión, penetrando en el día mismo, perturbábale la mente con nerviosa pasión.

Alejóse Hugh de la cercanía de Yvonne y al asomarse por la ventanilla sólo vio el claro perfil y lustroso cabello rubio de Yvonne que bogaban reflejados en el vidrio de la ventanilla.

El Cónsul sufría cada vez más con mayor intensidad; cada objeto sobre el que posaba la mirada parecía teñirse de una significación cruel y supersensual. Sabía que la madera misma del asiento era capaz de dañarle las manos. Y las palabras que, escritas encima del parabrisas, corrían a lo largo de todo el autobús: *su salud estará a salvo no escupiendo en el interior de este vehículo*; el redondo espejo retrovisor del chofer y la inscripción que lo rodeaba: *cooperación de la Cruz Roja,*



"Los altos puestos cubiertos de anuncios del Cine Morelos"

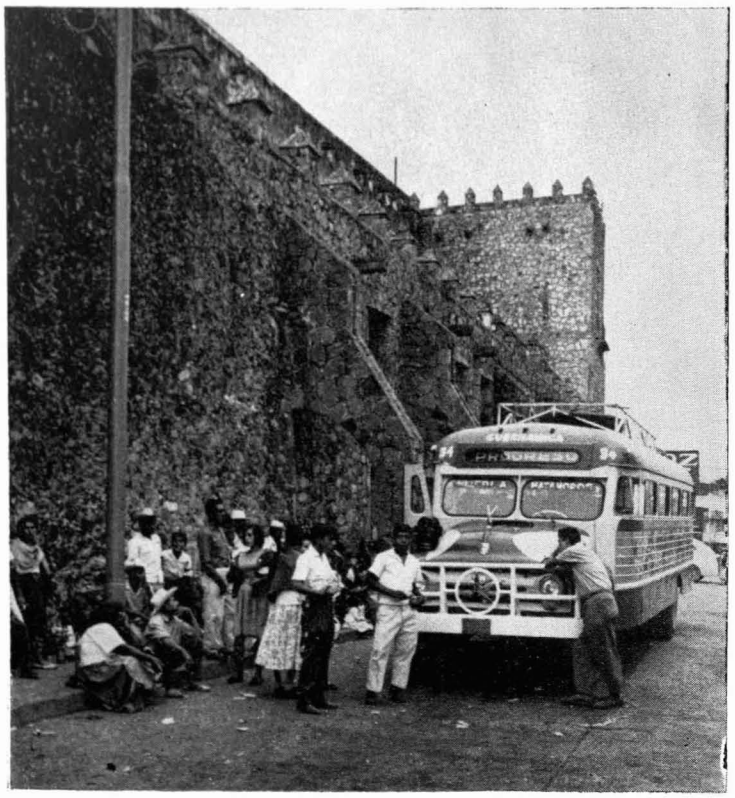
junto al cual pendían tres tarjetas postales de la Virgen María y un extinguidor, los dos esbeltos jarrones de margaritas colocados en el tablero, la chaqueta de mezclilla y el plumero bajo el asiento en donde iba el pelado, todo ello le parecía que vivía, que participaba con malévola animación en el viaje.

¿Y el pelado? Con el traqueteo del camión le resultaba difícil permanecer sentado. Con los ojos cerrados y meciéndose a diestra y siniestra, trataba de meterse la camisa en el pantalón. Ahora trataba de abrocharse el saco, aunque en los ojales que no coincidían con los botones. Sabiendo cuán meticuloso puede serse cuando se está borracho, sonreía el Cónsul: cuelga uno la ropa con misteriosa meticulosidad, maneja uno los autos con un séptimo sentido, con un octavo se elude a la policía. Ahora el pelado se había dado maña para recostarse cuan largo era en el asiento. ¡Y había realizado todo esto soberbiamente, sin abrir los ojos una sola vez!

Estirado —cual cadáver— seguía conservando la apariencia de ser consciente de cuanto ocurría. No obstante su estupor, tratábase de un hombre en guardia; medio melón se le escapó de la mano, los segmentos llenos de semillas con aspecto de pasas rodaron aquí y allá sobre el asiento y, sin embargo, con miradas ciegas aquellos ojos muertos veían todo: el crucifijo comenzaba a asomarse por la camisa y él era consciente de que ocurría todo esto. El fieltro se escapó del sombrero, deslizóse hasta el suelo, y aunque no hizo él esfuerzo alguno por recogerlo, sabía obviamente que allí estaba. Se protegía contra robos a la vez que reunía fuerzas para ulteriores libertinajes. Con objeto de entrar a una cantina de propiedad ajena, tendría que caminar derecho. Su presciencia era digna de admiración.

Yvonne se divertía. Ahora sentíase liberada, por virtud de la presencia de Hugh, de la tiranía de tener que pensar en él exclusivamente. El camión viajaba a mucha mayor velocidad, meciéndose, bamboleándose, dando tumbos. Sonrientes, los hombres cabeceaban; dos muchachos colgados en la parte trasera del autobús iban silbando y las camisas de brillantes colores, el confeti y serpentinas más brillantes aún de las planillas rojas, amarillas, verdes, azules, que colgaban de un anillo en el techo, contribuían a dar cierto sentido de alegría al viaje. Bien podía pensarse que se dirigían a una boda.

Pero cuando los muchachos saltaron del camión, algo de esta alegría desapareció. Aquella predominancia de púrpura en las camisas de los hombres añadía un inquietante fulgor al día. Entre aquellos cactos con forma de candelabros que desfilaban a su paso, Yvonne parecía descubrir algo demasiado brutal, así como en esos otros nopales, más lejanos, semejantes a un ejército que avanza cuesta arriba bajo el fuego de la metralla. De repente, sólo pudo verse afuera una iglesia rodeada de calabazas, con cavernas en vez de puertas y ventanas barbadas de pasto. El exterior, que era negro como si estuviese tiznado a resultas de un incendio, presentaba un aspecto de condenación. Era como si Hugh la hubiese vuelto a abandonar, y el dolor del recuerdo deslizóse una vez más en su corazón, poseyéndola por un instante.



"cierto sentido de alegría al viaje"

Provenientes de otros rumbos, sacudiéndose, los camiones les pasaban junto: autobuses a Tetecala, a Jojutla, a Xiutepec, a Xochitepec, a Xocxitepec.

A gran velocidad se desviaron por un camino vecinal. Curvando altivamente uno de sus lados cual seno de mujer, y presentando otro escarpado y feroz, Popocatépetl resurgió a la derecha. Y las nubes, impelidas, se amontonaban, se apiñaban a gran altura tras la montaña.

Cada cual sentía al fin que se dirigían a algún lugar: abandonándose al turbulento destino del vehículo en que iban, todos se retrajeron.

Prosiguieron con estruendo, rozando pequeños cuerpos que trotaban por el camino y pasaron junto a un indio que colaba arena. Desfilaban los anuncios pegados en ruinosas paredes. *¡Atchís! ¡Instantina! Resfriados, dolores, Cafiaspirina. Rechace imitaciones. Las manos de Orlac: con Peter Lorre.*

Cuando en el camino topaban con un remiendo mal hecho, el camión rechinaba con estruendo al pasar por él, y con frecuencia se salía de la carretera. Pero la determinación del vehículo superaba estos inconvenientes: todos estaban satisfechos de haberle transferido sus responsabilidades y todos se adormecían en un estado del cual les costaría gran dolor despertar.

Copartícipe de esta actitud, el Cónsul pudo pensar con calma fría y mesurada, mientras daban saltos y tumbos por encima de una interminable serie de espeluznantes hoyancos, tal vez en la temible noche que indudablemente le esperaba, con su cuarto que se cimbraba con demoníacas orquestas, en las ráfagas de sueño aterrado interrumpido afuera por voces imaginarias que eran los ladridos de los perros, o en su nombre, que repetían con desdén imaginarios grupos que iban llegando.

El camión dio un tumbo y prosiguió su ruta.

Aullando llantas y frenos, viraron con demasiada rapidez, pero tuvieron tiempo de leer la palabra *desviación*. Mientras viraban de nuevo para volver al camino, el Cónsul vio a un hombre que parecía estar profundamente dormido bajo un seto a la derecha del camino.

Tanto Yvonne como Hugh parecían no haberlo notado. Ni tampoco pareció al Cónsul que alguien en este país fuera a juzgar como algo extraordinario el que un hombre hubiera decidido dormirse a orillas de la carretera o hasta en mitad del camino.

El Cónsul volvió a mirar para atrás. No cabía lugar a duda. Mientras se alejaban veíase en la distancia la figura del hombre con un sombrero tapándole los ojos y sus brazos se estiraban hacia la cruz que se alzaba a un lado del camino. Entonces pasaron junto a un caballo sin jinete que rumiaba frente al seto.

El Cónsul se inclinó hacia adelante para atraer la atención al chofer, pero dudó. ¿Qué ocurriría si sólo se tratase de alguna alucinación? Podría resultarle muy embarazoso. No obstante, le llamó golpeándole sobre un hombro; casi al mismo tiempo, el camión frenó violentamente.

Guiando su gimiente vehículo con agilidad, asiendo el volante con una sola mano en actitud excéntrica, el chofer se alzó estirándose en su asiento para observar todos los ángulos posteriores y los delanteros, haciendo girar su cabeza con rapidez aunque también con cierto desgano y metió reversa para entrar por la polvosa desviación.

El olor a la vez áspero y cordial de los gases del escape se neutralizaba con el aroma del alquitrán caliente empleado en las reparaciones de la carretera, aunque no había nadie trabajando en el camino, ya que habían suspendido las obras; no había nada que ver sino sólo la suave alfombra añil que, solitaria, centelleaba y sudaba. Pero un poco más atrás, a un lado del seto se alzaba una cruz de piedra bajo la cual había una botella de leche, un tubo de chimenea, un calcetín y los restos de una vetusta maleta.

Ahora podían ver con toda claridad al hombre, tendiendo los brazos hacia la cruz.

II

Cuando el autobús se sacudió al volver a detenerse, el pelado casi se cayó del asiento pero, logrando reponerse, pudo no sólo tenerse en pie conservando un equilibrio que mantuvo de manera admirable sino que, al hacerlo, llegó, mediante fuerte movimiento, a recorrer la mitad del camino, a la puerta, con el crucifijo que se había reintegrado a su sitio en torno al cuello y, asiendo los sombreros en una mano y el melón en la otra, cabeceó pesadamente: y lanzando una mirada que bien habría podido marchitar cualquier intención

"cada objeto sobre el que posaba la mirada parecía teñirse de una significación cruel y supersensual"

de robarlos, colocó con cuidado los sombreros en un asiento vacío cerca de la puerta y, con exagerado esmero, bajó al camino. Sus ojos seguían entornados aunque conservaban aquel fulgor mortecino y, a pesar de ello, no cabía duda de que ya había captado íntegramente la situación. Tirando el melón, dirigióse hacia el hombre que yacía en la carretera. A pesar de que pisaba como si fuera saltando obstáculos imaginarios, su andar era firme y se mantenía erguido.

Yvonne, Hugh, el Cónsul y dos de los pasajeros le siguieron. Ninguna de las ancianas abandonó el asiento.

Cuando atravesaban la carretera, a medio camino Yvonne emitió un grito nervioso y, abruptamente, dio media vuelta sobre los talones. Hugh la tomó del brazo.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo soltándose—. Sigue. Es sólo que no puedo soportar la vista de la sangre. ¡Maldita sea!

Cuando Yvonne volvía a subir al camión, Hugh llegó con el Cónsul y dos de los pasajeros.

El pelado se mecía con suavidad por encima del hombre.

A pesar de que el rostro de éste estaba cubierto por un sombrero, se podía ver que se trataba de un indio que pertenecía a la clase de los peones. No cabía duda: estaba agonizando. Su pecho jadeaba, como el de un nadador fatigado, su estómago se contraía y se dilataba con rapidez, y sin embargo, no había señales de sangre. Con un puño cerrado golpeaba espasmódicamente el polvo.

Los dos extraños permanecieron impotentes pensando cada cual que el otro quitaría el sombrero del peón para exponer al sol la herida que cada uno creía que allí debía haber, y refrenábanse de ejecutar semejante acto por común renuencia que era misteriosa cortesía. Porque cada cual sabía que el otro pensaba también que sería mejor, que sería mucho mejor si el pelado u otro de los pasajeros examinaba al hombre. Pero como nadie hizo el menor movimiento, Hugh se impacientó. Descansaba ora sobre un pie, ora sobre otro. Lanzó al Cónsul una mirada de súplica. El Cónsul había vivido en este país bastante tiempo para saber qué podía hacerse; es más, entre ellos era el único que se encontrara en situación más próxima a la representación de cualquier forma de autoridad. Pero el Cónsul, que trataba de abstenerse de intervenir diciendo para sí: —¡Anda, ve!, después de todo España invadió a México primero—, no hizo movimiento alguno. Al fin y al cabo, Hugh no pudo soportarlo más. Adelantándose con gesto impulsivo iba a agacharse sobre el peón, cuando uno de los pasajeros le tiró de la manga.

—*Mister* ¿ya tiró su cigarro?

—¿Qué dice? —preguntó Hugh, volviéndose asombrado.

—No sé —repuso el Cónsul—. Tal vez para evitar los incendios forestales.

—Mejor tira *usté* su cigarro, señor. *'Ta* prohibido.

Hugh tiró el cigarrillo y, sorprendido e irritado, lo apagó de un pisotón. Volvía ya a tratar de agacharse sobre el hombre, cuando el pasajero le tiró una vez más de la manga. Hugh se enderezó.

—*'Ta* prohibido, señor —dijo cortésmente el otro dándose golpecillos en la nariz. Emitió una extraña risilla—: ¡Positivamente!

—Yo no comprendo, *gnädige* señor —con desesperado esfuerzo trató Hugh de expresarse en español.

—Quiere decir que no puedes tocar a este tipo porque serías considerado como elemento accesorio después del hecho —cabeceó el Cónsul y comenzó a sudar y a desear profundamente alejarse cuanto pudiera de esta escena, si fuese preciso hasta en el caballo del peón, rumbo a aquella región en donde se acurrucan las grandes cantimploras de mezcal—. Dejarlo solo no es únicamente la contraseña aquí, Hugh, es ley.

El jadeo y los puñetazos del hombre sonaban cual mar que se arrastrase en una playa cubierta de guijarros.

El pelado hincó luego una rodilla en tierra y con la velocidad del relámpago arrancó el sombrero del indio.

Todos fijaron la vista en la cruel herida abierta a un lado de la cabeza en donde la sangre casi se había coagulado, y antes de que nadie se enderezase, antes de que el pelado volviera a ponerle el sombrero, se irguiera e hiciese un ademán de desesperanza con las manos ahora manchadas de sangre medio seca, vieron algún dinero, cuatro o cinco pesos de

plata y un puñado de centavos que cuidadosamente le habían colocado bajo el cuello de la camisa que, en parte, lo ocultaba.

—Pero no podemos dejar morir al pobre tipo —dijo Hugh desesperadamente, buscando con la mirada al pelado mientras éste regresaba al camión, y luego volvió a agacharse sobre esa vida que, jadeante, se le escapaba—. Tenemos que conseguir un médico.

Desde el camión el pelado hizo una vez más el ademán de desesperanza que bien pudiera serlo también de simpatía.

Sintió cierto alivio el Cónsul al ver que para ahora su presencia había servido de ejemplo a los dos campesinos que, hasta entonces, habían pasado inadvertidos y se acercaban al agonizante, mientras que otro pasajero se mantenía de pie junto al cuerpo.

—Pobrecito —dijo uno de ellos.

—Chingar —murmuró el otro.

Y poco a poco los demás repetían estas observaciones como una especie de estribillo, un tranquilo susurro de futilidad, de murmullos, en el cual parecían estar conspirando el polvo, el calor, el autobús con su cargamento de impávidas ancianas y pollos sentenciados, hasta la terrible belleza y el misterio del paisaje mismo: mientras que sólo estas dos palabras, la una de tierna compasión, la otra de obsceno desprecio, se oían por encima del golpeteo y de los jadeos, hasta que el chofer, como si estuviera ahora satisfecho de que todo estaba en orden, comenzó a tocar la bocina del camión.

Un pasajero le gritó que callase, pero pensando posiblemente que le daban este aviso en señal de burlona aprobación, el chofer siguió tocando, subrayando así la efervescencia que pronto se convirtió en discusión general y en la cual las sospechas y sugerencias se anulaban recíprocamente en un estruendoso acompañamiento de desdeñosos bocinazos.

¿Tratábase de un homicidio, de un robo, o de ambos? El indio había venido a caballo desde el mercado con mucho más de aquellos cuatro o cinco pesos; posiblemente había traído *mucho dinero*, así que un buen medio de evitar sospechas de robo había sido abandonar lo poco que le habían dejado, tal como lo habían hecho. Tal vez no se trataba para nada de un robo. ¿No lo habría tirado su caballo? ¿El caballo lo habría pateado? *¿Posible? ¡Imposible!* ¿Habían llamado a la policía? Una ambulancia, ¿la Cruz Roja? ¿Dónde quedaba el teléfono más cercano? ¿Iría uno de ellos ahora mismo en busca de la policía? Pero resultaba absurdo suponer siquiera que no estuviese ya en camino. Pero ¿cómo podían estar en camino, cuando la mitad de ellos estaban en huelga? A pesar de ello, vendrían en camino ciertamente. ¿Una ambulancia? Pero ¡vaya impertinencia la de este gringo en interferir! ¡Seguramente la Cruz Roja era perfectamente capaz de ocuparse de este asunto! No obstante ¿habría alguna verdad en aquel rumor de que el servicio de ambulancias había quedado suspendido? No era una Cruz Roja, sino una Verde, y éstas sólo intervenían cuando se les informaba. ¿Tal vez fuera imprudente en un gringo suponer que no les habían avisado? Un amigo personal ¡el doctor Vigil! ¿Por qué no llamarlo? Estaba jugando al tenis; pues entonces ¿llamarle al Casino de la Selva? No había teléfono; o, ¡sí! hubo uno alguna vez, pero se había descompuesto. Conseguir a otro doctor, el doctor Gómez, *un hombre noble*. Vivía demasiado lejos y, de todos modos, probablemente habría salido. Bien, ¡pero tal vez ya estuviese de regreso!

Al fin, Hugh y el Cónsul se dieron cuenta de que habían llegado a un callejón sin salida respecto al cual la bocina del chofer seguía haciendo el comentario más adecuado. Ninguno de ellos podía suponer por las apariencias que "alguno de su clase" no se ocupara del destino del peón en una u otra manera. Bueno, pero ¡no parecía por cierto que los de su propia clase hubieran sido muy generosos con él! ¡Por lo contrario, el mismo que lo había colocado a orillas del camino, el que puso el dinero bajo el cuello de la camisa del peón, acudía tal vez ahora mismo en busca de ayuda!

Estos sentimientos surgían y se destruían recíprocamente, y aunque la gente no alzara la voz, aunque Hugh y el Cónsul no riñesen, era como si, en realidad, el uno cayera al suelo bajo el golpe del otro para volver a levantarse, cada vez más agotado que la vez anterior, cada vez con una obstrucción práctica o psíquica para cooperar o hasta para actuar solo, y la más potente de ellas era el hecho de que no les incumbía, sino que era asunto de alguien más.

Sin embargo, al mirar a su alrededor, se percataban de que esto mismo era lo que los otros discutían. No me incumbe, no te incumbe, decían agitando las cabezas, es asunto de alguien más, y sus contestaciones se volvían cada vez más enredadas, cada vez más teóricas, hasta que, al fin y al cabo, la discusión comenzó a tomar un cariz político.

Parecióle al Cónsul que el tiempo se movía a diferentes velocidades: la velocidad con que parecía morir el peón producía extraño contraste con la cual cada uno llegaba a la conclusión de que era imposible tomar una decisión. Consciente de que la discusión estaba lejos de terminar y de que el chofer —que había cesado de tocar su bocina y conversaba con alguna de las mujeres por encima del hombro— no pensaría siquiera en arrancar sin haberles cobrado primero los pasajes, el Cónsul se excusó con Hugh y fue a pararse junto al caballo del indio, que, con silla de cubo y pesadas vainas de hierro por estribos, masticaba tranquilo los convólvulos del seto, reflejando la inocente mirada que sólo uno de su especie puede tener cuando se le observa con mortal sospecha, aun erróneamente, de haber hecho caer por tierra a su jinete o de haber matado a patadas a un hombre. El Cónsul lo observó con cuidado, sin tocarlo, y examinó sus ojos malévolos, amistosos, plausibles, la llaga en la cía y el número siete que llevaba marcado en el anca, como si buscase un indicio de lo que había ocurrido. Bien, ¿qué había ocurrido? ¡Parábola de hora demasiado tardía! Más importante era saber: ¿Qué les ocurriría a todos? Lo que le ocurriría a él sería tomarse cincuenta y siete copas en la primera oportunidad.

La bocina del autobús aullaba ahora que dos carros estaban detenidos atrás; y, observando que Hugh estaba parado en el montante de uno de ellos, regresó moviendo la cabeza a la vez que el camión se le acercaba antes de detenerse en un lugar más ancho del camino.

Desaforados e impacientes, los coches pasaron vertiginosamente y Hugh descendió del segundo que ya iba en marcha. Bajo las placas metálicas se leía la indicación "Diplomático". Desaparecieron a lo lejos tras una nube de polvo.

—Es el estilo diplomático sin duda —dijo el Cónsul puesto un pie en el estribo del camión—. Vamos, Hugh, no hay nada que podamos hacer.

Los demás pasajeros subieron a bordo y el Cónsul se quedó a un lado para hablar con Hugh. La periodicidad del estruendo de la bocina había disminuido mucho. Advertíase una resignación tediosa, casi divertida, en aquel sonido.

—Sólo te van a meter en la cárcel y te verás enredado en trámites burocráticos Dios sabe por cuánto tiempo —persistió el Cónsul—. *Vámonos*, Hugh. ¿Qué demonios crees poder hacer?

—Si no puedo conseguir aquí un doctor, ¡maldita sea!, lo llevaré a uno.

No te dejarán subirlo al camión.

—¡Cómo demonios no! Oh... aquí viene la policía —añadió al ver tres sonrientes vigilantes que se acercaban ya pateando el polvo; las pistoleras golpeaban sobre sus muslos.

—No son vigilantes —dijo, desventurado, el Cónsul—. Al menos creo que son de la policía de seguridad. Tampoco ellos pueden hacer mucho, sino sólo decirte que te alejes o...

Hugh comenzó a hablar con ellos, mientras, temeroso, el Cónsul lo observaba parado en el montante del camión. El chofer hacía sonar con hastío la bocina. Uno de los policías comenzó a empujar a Hugh hacia el autobús. Éste, a su vez, lo aventó. El policía levantó la mano. Hugh alzó el puño. Dejó el vigilante caer la mano y comenzó a manosear la pistolera.

—Por amor de Dios, vámonos, Hugh —suplicóle el Cónsul asiéndolo de nuevo—. ¿Quieres que nos lleven a todos a la cárcel? Yvonne...

En tanto que el policía seguía manoseando su pistolera, el rostro de Hugh desmoronóse de pronto cual montón de ceniza, y dejó caer sus manos débilmente a los lados. Con desdeñosa carcajada abordó el camión que ya se ponía en marcha.

—No te preocupes, Hugh —dijo el Cónsul que iba a su lado, sobre el montante, a la vez que le caía una gota de sudor en un dedo del pie—, hubiera sido peor que los molinos de viento.

—¿Qué molinos de viento? —preguntó Hugh buscándolos a su alrededor.

—No, no —dijo el Cónsul—, me refiero a otra cosa. Sólo que Don Quijote no habría vacilado todo ese tiempo.

Y comenzó a reírse.

Hugh permaneció mascullando maldiciones por un rato y volvió la cabeza para contemplar la escena que acababan de abandonar: el caballo del peón que rumiaba el seto, la policía envuelta por el polvo y, más lejos, el peón que con el puño cerrado golpeaba el camino. Y ahora, flotando en la altura sobre todo aquello, lo que antes no advirtiera: las obvias aves de los dibujos animados, los zopilotes, que sólo esperan la ratificación de la muerte.

III

El camión corría precipitado.

Yvonne flaqueaba a la vez de vergüenza y de alivio. Trató de que Hugh la viese, pero como él se había arrellanado con tanta furia en el asiento, sentía temor de hablarle o siquiera de tocarle. Trató de encontrar alguna justificación a su propia conducta en la común decisión de las ancianas de no intervenir para nada en todo aquel asunto. ¡Con qué sentido de cofradía habían asido sus canastas de aves, o paseado la mirada en busca de sus propiedades al husmear el peligro! Luego, habían permanecido sentadas, como ahora, impávidas. Para ellas era como si, al través de las diversas tragedias de la historia mexicana, la conmiseración —el impulso de acercamiento— y el terror —impulso de alejamiento—, según lo había Ivonne aprendido en la universidad, hubieran sido al fin reconciliadas por la prudencia, por la convicción de que es mejor permanecer en donde se está.

¿Y los demás pasajeros? ¿Los hombres con camisas de color púrpura que habían observado cuanto ocurrió y que a pesar de ello no se movieron del autobús? Parecían decirle ahora: ¿quién quiere ser arrestado como cómplice? *Frijoles para todos; Tierra, Libertad, Justicia y Ley.* ¿Querría decir algo todo eso? No estaban seguros de nada, salvo que era idiota mezclarse con la policía, que tenía su propio punto de vista sobre el derecho.

Yvonne se aferró al brazo de Hugh, pero éste no la miró. El camión seguía meciéndose y sacudiéndose como antes; algunos otros muchachos saltaron en la parte trasera del autobús y comenzaron a silbar; las planillas centelleaban con sus colores brillantes y los hombres se veían unos a otros con mirada aprobatoria de que el camión se superara; nunca antes había corrido tan aprisa, tal vez porque también sabía que se trataba de un día de fiesta.

El polvo se filtraba por las ventanas: suave invasión disolvente que llenaba el vehículo.

Luego llegaron a Chapultepec.

El chofer asía el rechinante freno de mano cuando tomaron una curva que llevaba al pueblo ya investido con el aborrecimiento del Cónsul por causa de los excesos a que antaño allí se entregara. El Popocatépetl parecía quedarles imposiblemente cerca ahora, agachado sobre la selva, que había comenzado a atraer la noche sobre su regazo.

Por un momento hubo cierta calma crepuscular en el autobús.

Ya salían las estrellas: el Escorpión había surgido de su madriguera y esperaba abajo, en el horizonte.

Reclinándose sobre Hugh, el Cónsul le dio un codazo: —¿Ves lo que veo?—, preguntóle indicando con la cabeza al pelado, que todo este tiempo había estado sentado muy tieso jugueteando con algo que llevaba en el regazo y presentaba la misma expresión de antes, aunque evidentemente iba algo más descansado y sobrio. Cuando al frenar el autobús se puso Hugh de pie, vio que el pelado aferraba en la mano un lastimoso montón de pesos de plata y centavos ensangrentados — el dinero del indio agonizante...

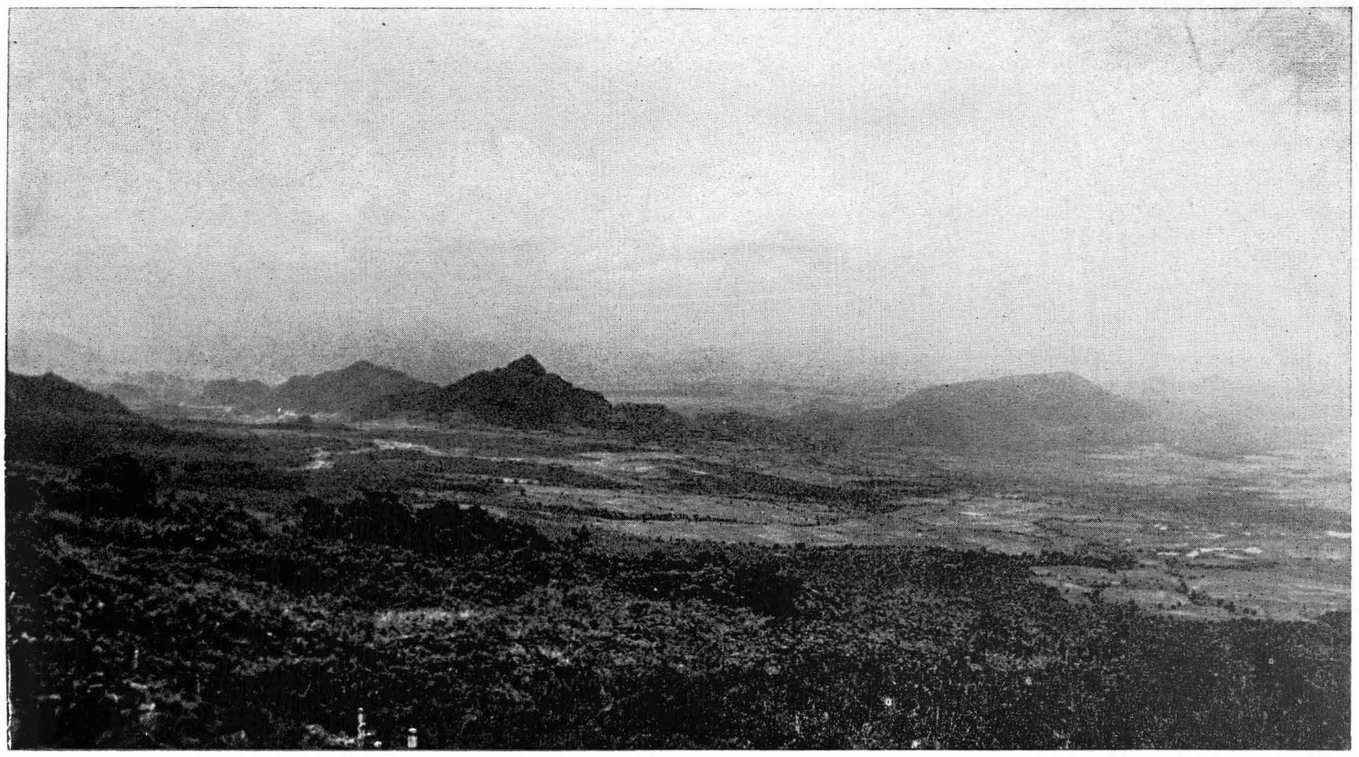
Los pasajeros comenzaron a amontonarse ante la puerta de salida para bajar. Algunos miraban al pelado que, si bien incrédulo, parecía seguir preocupado. Dirigiendo en torno suyo una sonrisa burlona, acaso esperaba que comentasen algo. Pero nadie lo hizo.

El pelado pagó su boleto con parte del dinero ensangrentado, y el chofer lo aceptó, después de lo cual siguió recogiendo los otros pasajes.

Los tres permanecieron en el minúsculo zócalo, bajo el cálido atardecer. Las ancianas habían desaparecido: fue como si la tierra las hubiese engullido.

De una callejuela cercana provenían el estrépito y las cuerdas plañideras de una guitarra. Y de más lejos se escucharon las detonaciones y el bullicio de la fiesta.

Yvonne tomó a Hugh del brazo. Mientras se alejaban caminando, vieron que, contoneándose, entraban a una pulquería: el chofer (libre ahora para el resto del día) y el pelado (que, robusto, caminaba con fatua sonrisa que le iluminaba el rostro). Los tres se quedaron mirándolos y observando el nombre de la cantina después de que las puertas quedaron quietas al cabo de largo bamboleo: "Todos contentos y yo también."



"el Popocatépetl parecía quedarles imposiblemente cerca ahora"

—Todos contentos —dijo el Cónsul, a la vez que, cual bendición, se insinuaba en él la certidumbre de beber mil tequilas entre el instante actual y el fin de su vida, y aplazando por ahora la necesidad de tomarse el primero— y yo también.

Tañió de repente una campana en algún lado repentinos triptongos angustiados.

Caminaron rumbo a la fiesta y sus sombras se alargaron en la plaza a la vez que se proyectaban sobre la puerta del "Todos contentos y yo también", bajo la cual apareció de pronto la parte inferior de una muleta.

Curiosos, permanecieron ante la cantina y advirtieron que la muleta seguía en el mismo sitio, acaso porque su dueño tenía una discusión o se bebía una última copa.

En seguida, desapareció la muleta, como si la hubieran arrancado de cuajo. Abrióse la puerta del "Todos contentos y yo también"; se veía al chofer del autobús y al pelado bebiendo una copa, y luego, algo salió.

Doblado y gimiendo bajo el peso, un indio viejo y cojo sacaba a otro indio aún más viejo y decrépito, llevándolo sobre las espaldas mediante una correa atada en la frente. Cargaba al más anciano y sus muletas... llevaba el peso de ambos...

Los tres permanecieron en la penumbra contemplando al indio que desaparecía con el anciano al doblar una curva del camino, arrastrando en el polvo gris y blanco sus míseros huaraches.